



CLÁSICOS  
CASTALIA

---

FÁBULAS

FÉLIX MARÍA DE SAMANIEGO

# FÁBULAS

EDICIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS DE  
ERNESTO JAREÑO





CASTALIA  
EDICIONES

es un sello propiedad de



edhasa

Diputación, 262, 2.º1.<sup>a</sup>  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
E-mail: info@castalia.es

Consulte nuestra página web:

<https://www.castalia.es>

<https://www.edhasa.es>

Edición original en Castalia: 1969

Primera edición: octubre de 2023

Ilustración de la cubierta: Frans Snyder, «La gata y el zorro», siglos XVI-XVII.  
Museo del Prado (no expuesto)

© de la edición: Ernesto Jareño

© de la presente edición: Edhasa (Castalia), 2023

ISBN 978-84-9740-926-1

Depósito Legal B 16296-2023

Impreso en Liberdúplex

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

# S U M A R I O

---

INTRODUCCIÓN BIOGRÁFICA Y CRÍTICA . . . . .	15
Vida y obra de Samaniego. . . . .	15
Samaniego, fabulista . . . . .	23
NOTICIA BIBLIOGRÁFICA . . . . .	49
BIBLIOGRAFÍA SELECTA SOBRE EL AUTOR. . . . .	51
NOTA PREVIA. . . . .	53

## FÁBULAS

Prólogo . . . . .	57
-------------------	----

### LIBRO PRIMERO

A los caballeros alumnos del Real Seminario Patriótico	
Vascongado . . . . .	63
FÁBULA PRIMERA. <i>El asno y el cochino</i> . . . . .	65
– II. <i>La cigarra y la hormiga</i> . . . . .	66
– III. <i>El muchacho y la Fortuna</i> . . . . .	68
– IV. <i>La codorniz</i> . . . . .	68

FÁBULA	V.	<i>El águila y el escarabajo . . . . .</i>	69
-	VI.	<i>El león vencido por el hombre . . . . .</i>	71
-	VII.	<i>La zorra y el busto . . . . .</i>	72
-	VIII.	<i>El ratón de la corte y el del campo. . . . .</i>	72
-	IX.	<i>El herrero y el perro . . . . .</i>	73
-	X.	<i>A la zorra y la cigüeña . . . . .</i>	75
-	XI.	<i>Las moscas. . . . .</i>	76
-	XII.	<i>El leopardo y las monas . . . . .</i>	76
-	XIII.	<i>El ciervo en la fuente . . . . .</i>	78
-	XIV.	<i>El león y la zorra. . . . .</i>	79
-	XV.	<i>La cierva y el cervato . . . . .</i>	80
-	XVI.	<i>El labrador y la cigüeña . . . . .</i>	81
-	XVII.	<i>La serpiente y la lima . . . . .</i>	82
-	XVIII.	<i>El calvo y la mosca . . . . .</i>	82
-	XIX.	<i>Los dos amigos y el oso . . . . .</i>	83
-	XX.	<i>La águila, la gata y la jabalina. . . . .</i>	84

## LIBRO SEGUNDO

A don Javier María de Munive e Idiaquez, conde de Peñaflo- rida . . . . .	77
--	----

FÁBULA PRIMERA.	<i>El león con su ejército . . . . .</i>	89	
-	II.	<i>La lechera . . . . .</i>	90
-	III.	<i>El asno sesudo . . . . .</i>	91
-	IV.	<i>El zagal y las ovejas . . . . .</i>	93
-	V.	<i>La águila, la corneja y la tortuga. . . . .</i>	93
-	VI.	<i>El lobo y la cigüeña . . . . .</i>	94
-	VII.	<i>El hombre y la culebra. . . . .</i>	95
-	VIII.	<i>El pájaro herido de una flecha. . . . .</i>	96
-	IX.	<i>El pescador y el pez . . . . .</i>	97
-	X.	<i>El gorrión y la liebre . . . . .</i>	97
-	XI.	<i>Júpiter y la tortuga . . . . .</i>	98
-	XII.	<i>El charlatán . . . . .</i>	99

FÁBULA XIII.	<i>El milano y las palomas . . . . .</i>	100
– XIV.	<i>Las dos ranas . . . . .</i>	101
– XV.	<i>El parto de los montes . . . . .</i>	103
– XVI.	<i>Las ranas pidiendo rey. . . . .</i>	104
– XVII.	<i>El asno y el caballo . . . . .</i>	105
– XVIII.	<i>El cordero y el león . . . . .</i>	106
– XIX.	<i>Las cabras y los chivos. . . . .</i>	107
– XX.	<i>El caballo y el ciervo. . . . .</i>	108

## LIBRO TERCERO

A don Tomás de Iriarte . . . . .	109
----------------------------------	-----

FÁBULA PRIMERA.	<i>El águila y el cuervo . . . . .</i>	110
– II.	<i>Los animales con peste . . . . .</i>	111
– III.	<i>El milano enfermo . . . . .</i>	113
– IV.	<i>El león envejecido . . . . .</i>	114
– V.	<i>La zorra y la gallina . . . . .</i>	115
– VI.	<i>La cierva y el león . . . . .</i>	116
– VII.	<i>El león enamorado. . . . .</i>	116
– VIII.	<i>Congreso de los ratones . . . . .</i>	118
– IX.	<i>El león y la oveja. . . . .</i>	119
– X.	<i>El hombre y la pulga . . . . .</i>	120
– XI.	<i>El cuervo y la serpiente . . . . .</i>	121
– XII.	<i>El asno y las ranas. . . . .</i>	121
– XIII.	<i>El asno y el perro . . . . .</i>	123
– XIV.	<i>El león y el asno cazando . . . . .</i>	124
– XV.	<i>El charlatán y el rústico . . . . .</i>	125

## LIBRO CUARTO

FÁBULA PRIMERA.	<i>La mona corrida . . . . .</i>	127
– II.	<i>El asno y Júpiter . . . . .</i>	128

FÁBULA	III. <i>El cazador y la perdiz</i> . . . . .	129
-	IV. <i>El viejo y la muerte</i> . . . . .	130
-	V. <i>El enfermo y el médico</i> . . . . .	132
-	VI. <i>La zorra y las uvas</i> . . . . .	132
-	VII. <i>La cierva y la viña</i> . . . . .	133
-	VIII. <i>El asno cargado de reliquias</i> . . . . .	134
-	IX. <i>Los dos machos</i> . . . . .	135
-	X. <i>El cazador y el perro</i> . . . . .	136
-	XI. <i>La tortuga y el águila</i> . . . . .	137
-	XII. <i>El león y el ratón</i> . . . . .	138
-	XIII. <i>Las liebres y las ranas</i> . . . . .	139
-	XIV. <i>El gallo y el zorro</i> . . . . .	122
-	XV. <i>El león y la cabra</i> . . . . .	139
-	XVI. <i>La hacha y el mango</i> . . . . .	141
-	XVII. <i>La onza y los pastores</i> . . . . .	142
-	XVIII. <i>El grajo vano</i> . . . . .	143
-	XIX. <i>El hombre y la comadreja</i> . . . . .	144
-	XX. <i>Batalla de las comadrejas y de los ratones</i> .	144
-	XXI. <i>El león y la rana</i> . . . . .	146
-	XXII. <i>El ciervo y los bueyes</i> . . . . .	147
-	XXIII. <i>Los navegantes</i> . . . . .	148
-	XXIV. <i>El torrente y el río</i> . . . . .	148
-	XXV. <i>El león, el lobo y la zorra</i> . . . . .	150

## LIBRO QUINTO

FÁBULA PRIMERA.	<i>Los ratones y el gato</i> . . . . .	153
-	II. <i>El asno y el lobo</i> . . . . .	155
-	III. <i>El asno y el caballo</i> . . . . .	156
-	IV. <i>El labrador y la Providencia</i> . . . . .	157
-	V. <i>El asno vestido de león</i> . . . . .	158
-	VI. <i>La gallina de los huevos de oro</i> . . . . .	159
-	VII. <i>Los cangrejos</i> . . . . .	160
-	VIII. <i>Las ranas sedientas</i> . . . . .	161

FÁBULA IX.	<i>El cuervo y el zorro.</i>	162
- X.	<i>Un cojo y un picarón.</i>	164
- XI.	<i>El carretero y Hércules.</i>	165
- XII.	<i>La zorra y el chivo.</i>	165
- XIII.	<i>El lobo, la zorra y el mono juez.</i>	166
- XIV.	<i>Los dos gallos.</i>	167
- XV.	<i>La mona y la zorra.</i>	167
- XVI.	<i>La gata mujer.</i>	168
- XVII.	<i>La leona y el oso.</i>	170
- XVIII.	<i>El lobo y el perro flaco.</i>	171
- XIX.	<i>La oveja y el ciervo.</i>	172
- XX.	<i>La alforja.</i>	173
- XXI.	<i>El asno infeliz.</i>	173
- XXII.	<i>El jabalí y la zorra.</i>	174
- XXIII.	<i>El perro y el cocodrilo.</i>	174
- XXIV.	<i>La comadreja y los ratones.</i>	175
- XXV.	<i>El lobo y el perro.</i>	176

## LIBRO SEXTO

FÁBULA PRIMERA.	<i>El pastor y el filósofo.</i>	179
- II.	<i>El hombre y la fantasma.</i>	182
- III.	<i>El jabalí y el carnero.</i>	184
- IV.	<i>El raposo, la muerte y el gallo.</i>	185
- V.	<i>El filósofo y el rústico.</i>	186
- VI.	<i>La pava y la hormiga.</i>	187
- VII.	<i>El enfermo y la visión.</i>	189
- VIII.	<i>El camello y la pulga.</i>	190
- IX.	<i>El cerdo, el carnero y la cabra.</i>	191
- X.	<i>El león, el tigre y el caminante.</i>	192
- XI.	<i>La Muerte.</i>	194
- XII.	<i>El Amor y la Locura.</i>	194



## LIBRO SÉPTIMO

FÁBULA PRIMERA. <i>El raposo enfermo</i> . . . . .	197
– II. <i>Las exequias de la leona</i> . . . . .	199
– III. <i>El poeta y la rosa</i> . . . . .	200
– IV. <i>El buho y el hombre</i> . . . . .	202
– V. <i>La mona</i> . . . . .	203
– VI. <i>Esopo y un ateniense</i> . . . . .	204
– VII. <i>Demetrio y Menandro</i> . . . . .	205
– VIII. <i>Las hormigas</i> . . . . .	206
– IX. <i>Los gatos escrupulosos</i> . . . . .	206
La misma fábula de otro modo. . . . .	207
– X. <i>El águila y la asamblea de animales</i> . . . . .	208
– XI. <i>La paloma</i> . . . . .	209
– XII. <i>El chivo afeitado</i> . . . . .	210

## LIBRO OCTAVO

A Elisa . . . . .	213
FÁBULA PRIMERA. <i>El naufragio de Simónides</i> . . . . .	213
– II. <i>El filósofo y la pulga</i> . . . . .	215
– III. <i>El cazador y los conejos</i> . . . . .	217
– IV. <i>El filósofo y el faisán</i> . . . . .	218
– V. <i>El zapatero médico</i> . . . . .	220
– VI. <i>El murciélago y la comadreja</i> . . . . .	221
– VII. <i>La mariposa y el caracol</i> . . . . .	222
– VIII. <i>Los dos titiriteros</i> . . . . .	224
– IX. <i>El raposo y el perro</i> . . . . .	225

## LIBRO NOVENO

FÁBULA PRIMERA. <i>El gato y las aves</i> . . . . .	227
– II. <i>La danza pastoril</i> . . . . .	229

–	III.	<i>Los dos perros</i> . . . . .	231
–	IV.	<i>La moda</i> . . . . .	232
FÁBULA	V.	<i>El lobo y él mastín</i> . . . . .	234
–	VI.	<i>La hermosa y el espejo</i> . . . . .	235
–	VII.	<i>El viejo y el chalán</i> . . . . .	237
–	VIII.	<i>La gata con cascabeles</i> . . . . .	238
–	IX.	<i>El rruiseñor y el mochuelo</i> . . . . .	239
–	X.	<i>El amo y el perro</i> . . . . .	241
–	XI.	<i>Los dos cazadores</i> . . . . .	242
–	XII.	<i>El gato y el cazador</i> . . . . .	243
–	XIII.	<i>El pastor</i> . . . . .	244
–	XIV.	<i>El tordo flautista</i> . . . . .	244
–	XV.	<i>El raposo y el lobo</i> . . . . .	246
–	XVI.	<i>El ciudadano pastor</i> . . . . .	247
–	XVII.	<i>El ladrón</i> . . . . .	250
–	XVIII.	<i>El joven filósofo y sus compañeros</i> . . . . .	251
–	XIX.	<i>El elefante, el toro, el asno y los demás animales</i> . . . . .	252
ÍNDICE DE PRIMEROS VERSOS			257
EDITOR			263

# INTRODUCCIÓN BIOGRÁFICA Y CRÍTICA

---

## VIDA Y OBRA DE SAMANIEGO

Samaniego encarna uno de los grandes equívocos de nuestra literatura. En efecto, si su nombre es uno de los más conocidos de las letras españolas, esta fama encierra una doble ambigüedad. En primer lugar, *conocido* no quiere decir verdaderamente *leído*, sino tan sólo un nombre «que suena» y del que todo el mundo ha oído hablar. Un ejemplo de la popularidad, incluso anónima, de Samaniego nos lo ofrece la frase «estar verdes», que alude a su fábula «La zorra y las uvas» (IV, 6) y que se ha convertido en proverbial: cf. Pedro Antonio de Alarcón, *El sombrero de tres picos* (cap. 12); Benito Pérez Galdós, *Ángel Guerra* (Parte Primera, lib. I, cap. 2); Clarín, *La Regenta* (cap. 5), Armando Palacio Valdés, *Riverita* (cap. 23) y Jacinto Benavente, *La propia estimación* (III, 2). Por otra parte, el escéptico y volteriano, con ribetes de libertino, que fue el hombre, es hoy tenido paradójicamente por un espíritu moralizador y aun moralista, hasta el punto de que, como ha señalado Ángel del Río, resulta curioso el que donde más persistió la lectura de las *Fábulas morales* de Samaniego, fue en los colegios religiosos, a pesar del volterianismo del autor, «que por sus ideas, sus ataques

a la Iglesia y también por cultivar la literatura licenciosa, tuvo conflictos con la Inquisición». <sup>1</sup>

Poco sabemos de la biografía de D. Félix María Samaniego. En su *Tesoro del Parnaso Español*,<sup>2</sup> nos indica Fernández de Navarrete que Samaniego nació en la villa de La Guardia, en la Rioja,<sup>3</sup> el 12 de octubre de 1745; sus padres eran D. Félix Sánchez Samaniego y D.<sup>a</sup> Juana María Zabala, ambos de rancio abolengo guipuzcoano. «Como hijo mayor, heredó los mayorazgos de su casa y fue señor de las cinco villas del valle de Araya». <sup>4</sup>

Después de haber recibido en su infancia esmerada educación, inició sin llevar a término estudios de leyes en Valladolid. Sabemos que viajó por Francia en su mocedad y que en este país aprendió la música, cobrando por ella una afición que no había de abandonarle jamás y que se refleja a menudo en muchas de sus *Fábulas*.

A su regreso a España se instala en Vergara, protegido por su tío el conde de Peñaflovida, fundador, con el marqués de Narros, de la primera Sociedad Vascongada que se estableció en España y de la cual fue Samaniego uno de los primeros socios de número, desde 1765. «En las Juntas del Seminario se leían composiciones

<sup>1</sup> Cf. Ángel del Río *Historia de la literatura española* (Holt, Rinehart and Winston, New York, 1963; vol. XI, pág. 47), A este respecto, Menéndez Pelayo nos dirá de él (Cf. *Historia de los heterodoxos españoles*, V. Suárez, ed., Madrid, 1930; vol. VI, págs. 311-313): «... Se contentó con ser cínico y poeta licencioso al modo de La Fontaine, pues sabida cosa es que los fabulistas, como todos los moralistas laicos, han solido ser gente de muy dudosa moralidad».

Tal fama ha quedado a Samaniego de heterodoxo que el hispanista italiano Mario di Pinto (Cf. sus *Studi su cultura spagnola nel Settecento*, Collana l'Acropoli, vol. 10; Edizioni Scientifiche Italiane, Napoli, 1964, pág. 151) no titubea en atribuirle la fábula *La barca de Simón*, texto feroz en que se satiriza a la Iglesia católica, y que como es bien sabido es obra de Tomás de Iriarte. <sup>2</sup> Citado en el vol. LXI de la B. A. E.: *Poetas líricos del siglo XVIII* (ed. de Leopoldo Augusto de Cueto, marqués de Valmar, Madrid, 1869; reeditado en 1901, y en 1952 por la Ed. Atlas, pág. 354).

<sup>3</sup> Hoy en la provincia de Álava, en las estribaciones de la Sierra de Cantabria, no lejos del enclave burgalés llamado Condado de Treviño.

<sup>4</sup> Cf. Eustaquio Fernández de Navarrete, *op. cit.*, ed. cit. pág. 354.

científicas y literarias, y el conde de Peñafiorida insta a su sobrino para que lea alguna fábula». <sup>5</sup> El éxito obtenido en una de estas lecturas públicas por *La mona corrida* (VII, 5) llevará al poeta a aplicarse al cultivo de este género literario en el que tanto habría de sobresalir, con su contemporáneo Tomás de Iriarte.

Casado con D.<sup>a</sup> Manuela Salcedo, Samaniego llevara una vida de *hobereau* ilustrado, epicúreo y estoico al mismo tiempo, retirado en el campo en su región vascongada, y así nos le evoca Jovellanos: «Visita de Samaniego, que reside en la hacienda de Juramendi; graciosísima conversación. Nos recitó algunos versos de su *Descripción del Desierto de Bilbao*, dos de sus nuevos cuentos de que hace una colección, todo saladísimo; estuvo hasta las diez dadas; nos instó mucho a quedarnos mañana para comer con él...». <sup>6</sup>

Estas escuetas líneas nos ofrecen un retrato bastante completo y sin duda no poco exacto del hombre que fue Samaniego. Un hidalgo campestre, semejante a aquel Caballero del Verde Gabán cervantino, ingenioso y disertó, amante de la naturaleza y aficionado a la buena mesa, practicando la noble hospitalidad y la tertulia con amigos, en cuyas conversaciones se abordaban temas resbaladizos con puntas anticlericales y libertinas.

El poema a que alude Jovellanos es una composición satírica cuyo título exacto es *Descripción del convento de carmelitas de Bilbao, llamado El Desierto*, <sup>7</sup> en el que estuvo retirado Samaniego en 1793, a raíz de un auto de prisión dictado en contra suya por el tribunal del Santo Oficio de Logroño, a causa de ciertos escritos juzgados inmorales. El convento en cuestión estaba en Vizcaya, cerca de Portugalete, y en él pasó el poeta varios meses de residen-

---

<sup>5</sup> Cf. María Teresa Pérez Gardeta, *Fábulas completas* de Tomás de Iriarte y Félix María Samaniego, vol. 19 de Clás. Castilla, Eds. Castilla, Madrid, 1949, pág. 141.

<sup>6</sup> Cf. Gaspar Melchor de Jovellanos, *Diarios*, ed. Julio Somoza, estudio preliminar de Ángel del Río, Instituto de Estudios Asturianos, C. S. I. C., Oviedo, 1953, vol. I, pág. 182.

<sup>7</sup> Incluido fragmentariamente en el vol. LXI, ya citado, de la *B. A. E.*, págs. 397-399.

cia forzosa, en compañía de aquellos «frailes Polifemos», como los llamara él, que le brindaron mesa y lecho, y a quienes dio las gracias por su alojamiento «con una ingeniosa sátira de la vida monástica»,<sup>8</sup> compuesta en términos que no carecen de gracejo como cuando describe el despertar de los religiosos de aquel claustro y su destemplado rezo de maitines:

Ya la campana por el aire suena,  
 y en el hueco abreviado  
 de la escondida alcoba ya resuena  
 con importuna voz, y al monje llama;  
 al monje, que, arrobado  
 en el Tabor glorioso de su cama,  
 está en sudor bañado.  
 Deja, deja, corista, al religioso  
 que en éxtasis divino se recrea;  
 no saques de la mística pelea  
 al que esgrime su brazo victorioso.  
 Mas el joven corista, vigilante,  
 toca, vuelve, se afana,  
 y después que abandona la campana,  
 empuña una matraca horrisonante.  
 En ella emplean los membrudos brazos  
 su monacal pujanza,  
 porque suene o se haga mil pedazos.  
 Lleva el horrendo son de puerta en puerta,  
 y el mísero durmiente se despierta.  
 .....  
 Los frailes uno a uno se congregan  
 y ya que a paso lento al coro llegan,  
 en la sagrada estancia

<sup>8</sup> Cf. Jean Sarrailh, *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, trad. de Antonio Alatorre, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1957, pág. 249.

cantan con estudiada disonancia  
 al Todopoderoso  
 un son lagrimoniaco y gangoso...<sup>9</sup>

En cuanto a los cuentos de que habla el mismo Jovellanos no eran sino desenfadados y escabrosos relatos en verso, al modo de las historias galantes de La Fontaine, que también aquí iba a servirle de modelo. Constituyen dichos cuentos una de las curiosidades de la literatura española, no sólo por el tono hartó subido de los mismos, sino también porque, debido precisamente a su carácter obsceno son hoy una rareza bibliográfica.<sup>10</sup> Uno de los más difundidos, y de los más moderados también, es el siguiente, titulado *El sombrerero*, que transcribimos como ejemplo del género:

---

<sup>9</sup> Cf. el vol. LXI de la *B. A. E.*, pág. 398. Cf. Edith Helman, *Trasmundo de Gaya* (Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1963, págs. 138-141), que establece un sugestivo paralelo entre el poema satírico de Samaniego sobre los frailes carmelitas de Bilbao y algunos de los *Caprichos* goyescos.

<sup>10</sup> Ya Eustaquio Fernández Navarrete decía de estos cuentos festivos que «su desmedido desenfado no consiente darlos a la estampa», y lo mismo reitera el marqués de Valmar: «Samaniego había pasado en Francia algunos años de su primera juventud. Las ideas que allí a la sazón preponderaban habían amenguado en su ánimo el santo tesoro de las tradiciones morales de la patria. Se hizo hombre despreocupado a la manera de aquellos tiempos de turbación... Se hizo hasta cínico, al estilo de La Fontaine, a quien con predilección había estudiado, y escribió también cuentos obscenos, sembrados: de epigramáticas agudezas, pero de tan escabrosa índole que ha sido imposible darlos a la estampa».

De ellos sólo conocemos dos ediciones bastante raras: la que lleva el título de *Jardín de Venus* (colección absolutamente íntegra de los graciosísimos cuentos libertinos del famoso Félix María Samaniego; publicados por Joaquín López Barbadillo, en *Biblioteca de López Barbadillo y sus Amigos*, Madrid, Imprenta Artística, 1921), libro de 127 páginas que a pesar de su subtítulo no contiene más que treinta y ocho cuentos de los cuarenta y siete que figuran bajo el nombre de Samaniego en la colección de *Cuentos y poesías más que picantes* (públcalos por primera vez un rebuscador de papeles viejos, sin lugar ni año), de la que se hizo una tirada de cien ejemplares, y que contiene, además de los cuarenta y siete cuentos festivos de Samaniego, dieciséis poesías varias del mismo autor, once poesías de Tomás de Iriarte y veinticinco composiciones anónimas. De ambas ediciones hay ejemplar en la Biblioteca Nacional de Madrid.

- «A los pies de un devoto franciscano acudió un penitente. –Diga, hermano, ¿qué oficio tiene?  
 –Padre, sombrerero.  
 –¿Y qué estado?  
 –Soltero.  
 –Y ¿cuál es su pecado dominante?  
 –Visitar una moza.  
 –¿Con frecuencia?  
 –Padre mío, bastante.  
 –¿Cada mes?  
 –Mucho más.  
 –¿Cada semana?  
 –Aun todavía más.  
 –¿La cotidiana?  
 –Hago dos mil propósitos sinceros...  
 –Pero dígame, hermano, claramente: ¿dos veces cada día?  
 –Justamente.  
 –Pues ¿cuándo diablos hace los sombreros?». <sup>11</sup>

Samaniego nos aparece así como un espíritu epicúreo y enciclopedista, muy a la moda de su tiempo. Su escepticismo no le impidió, sin embargo, el ocuparse de problemas administrativos y aun el solventarlos bastante bien. Sabemos que en 1782 le comisionó su provincia de Álava para evacuar en la Corte asuntos locales que desempeñó satisfactoriamente, ganándose la confianza del conde de Floridablanca, que intentó asociarse sus servicios ofreciéndole un cargo en su Ministerio, puesto que Samaniego rechazó. A su regreso a Vasconia, «la provincia le regaló una vajilla de plata, tasada en cuatrocientos mil reales, por no haber admitido dietas ni honorarios, y haber hecho crecidos gastos; pero su desinterés le hizo rehusar este regalo, tomando una sola pieza, en señal de agra-

<sup>11</sup> Cf. el vol. LXI de la *B.A.E.*, pág. 396.



decimiento». <sup>12</sup> Parece ser que se trató del cucharón, elección que ha podido parecer harto simbólica a algún comentarista. <sup>13</sup>

Viviendo «ni contento ni envidiado», le transcurrirán los años en su rincón natal de Vasconia, que era una de las regiones más evolucionadas económica y culturalmente de la España de su tiempo, y entre cuyos habitantes existía ya intensa solidaridad local: «Los cántabros, entendiendo por este nombre todos los que hablan el idioma vizcaíno –nos dice Cadalso–, <sup>14</sup> son unos pueblos sencillos y de increíble probidad... Su país, aunque sumamente áspero, tiene una población numerosísima, que no parece disminuirse, aun con las continuas colonias que envía a la América. Aunque un vizcaíno se ausente de su patria, siempre se halla en ella como encuentre paisanos suyos. Tienen entre sí tal unión, que la mayor recomendación que puede uno tener para con otro es el mero hecho de ser vizcaíno... El señorío de Vizcaya, Guipúzcoa, Álava y el reino de Navarra tienen tal pacto entre sí, que algunos llaman estos países las provincias unidas de España».

De esta confraternidad regional, aliada al afán de progreso característico de la época, saldrá la Sociedad Vascongada de Amigos del País, surgida en 1764 de las tertulias de las personalidades notables de Azcoitia, que tenían por costumbre reunirse cada noche para discutir de temas diversos: «el lunes se hablará de matemáticas; el martes, de física; el miércoles, lectura de obras de historia y de traducciones hechas por los “académicos”; el jueves y el domingo, pequeño concierto; el viernes, geografía; y el sábado conversación sobre cuestiones de actualidad». <sup>15</sup>

La Sociedad Vascongada contó inmediatamente con la protección de Carlos III, tan apasionado de una política reformista e ilustrada, y el ministro Grimaldi escribía ya en 1765 al conde de Peñaflorida, fundador de la sociedad, comunicándole la satisfacción

<sup>12</sup> Cf. Fernández de Navarrete, ed. cit., pág. 354,

<sup>13</sup> Así lo cree Federico-Carlos Sáinz de Roble en su *Fabulario Español*, vol. 1334 de la Col. Austral, Espasa-Calpe, Madrid, 1964, pág. 40.

<sup>14</sup> Cf. José Cadalso, *Cartas marruecas*, ed. de Lucien Dupuis y Nigel Glendingning, Tamesis Books, Londres, 1966, carta XXVI, págs. 67-70.

<sup>15</sup> Cf. Jean. Sarrailh, *op. cit.*, ed. cit., pág. 231.

del monarca «al ver fundarse una sociedad que las demás provincias del reino deberían imitar». <sup>16</sup>

En aquella centuria pedagógica que fue el siglo XVIII la preocupación por la enseñanza pública formará parte esencial del programa de discusiones y actividades de la benemérita institución, que acabará fundando en 1776 el célebre Seminario de Vergara, colegio modelo que ha podido ser considerado como la primera escuela laica de España, precursora del grupo de Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza, y que tan gratamente impresionara a un hombre como Jovellanos. <sup>17</sup>

Samaniego, que participó como sabemos de modo tan activo en los quehaceres pedagógicos de la Sociedad Vascongada, «residió también algunas temporadas en el Seminario de Vergara, como presidente de turno entre los socios de número, y entonces fue cuando comenzó a escribir sus *Fábulas*, acomodándolas a la capacidad de los niños». <sup>18</sup>

No son éstas su única producción literaria, aunque sí la más importante de cuantas salieran de su pluma. Samaniego escribió también varios folletos panfletarios contra Tomás de Iriarte y Vicente García de la Huerta, y que no ofrecen hoy más que un interés histórico para conocer mejor los entresijos literarios de aquel siglo polemista. También se le deben algunas composiciones líricas de tipo satírico: *Ridículo retrato de un ridículo señor*, *A unos amigos preguntones*, algún epigrama, una curiosa parodia de *El murciélagos alevoso* de Fray Diego Tadeo González, titulada *Los huevos*

<sup>16</sup> *Íd.*, pág. 237.

<sup>17</sup> En efecto, Jovellanos nos ha dejado una curiosa descripción de la vida de profesores y colegiales en este Seminario de Vergara, en sus *Diarios* (Cf. *Diario Segundo*, 1791, ed. cit., pág. 185): «Destinamos la tarde a ver el seminario vascongado... Las camas, los dormitorios, el tinelo o comedor, todo está limpio, y en los niños no se advierte desaseo... La enseñanza se reduce a primeras letras, latinidad, propiedad y retórica, matemáticas, dos cátedras, la última, de sublimes... A los dieciocho años pasan los seminaristas a la clase de académicos; salen por la noche; concurren los días festivos a las tertulias, donde bailan hasta las nueve, que es la hora de cena».

<sup>18</sup> Cf. Fernández de Navarrete, ed. cit., pág. 354.

*moles*, la ya citada *Descripción del Desierto de Bilbao* y un feroz remedo del *Guzmán el Bueno* de su rival Tomás de Iriarte. Esto sin olvidar los cuentos galantes en verso de los que nos hemos ocupado ya, y que han sido publicados con títulos colectivos diversos: *Colección de cuentos alegres*, *El jardín de Venus*, etc.

Pero la gloria literaria de Samaniego reposa hoy sobre sus célebres *Fábulas morales*. Escéptico y burlón, nunca atribuyó el poeta mayor importancia a su fama de escritor, y a este respecto sabemos por Fernández de Navarrete<sup>19</sup> que «miraba con indiferencia y poco aprecio sus producciones, que hizo quemar en su última enfermedad».

Samaniego murió en La Guardia, el 11 de agosto de 1801. Tenía algo menos de cincuenta y seis años.

## SAMANIEGO, FABULISTA

Sabemos que Samaniego compuso sus *Fábulas* a instancias del conde de Peñaflorida y para instrucción de *los caballeros alumnos del Real Seminario Patriótico Vascongado*, a quienes van dedicadas:

¡Oh, jóvenes amables,  
 que en vuestros tiernos años  
 al templo de Minerva  
 dirigís vuestros pasos!  
 Seguid, seguid la senda  
 en que marcháis, guiados,  
 a la luz de las ciencias,  
 por profesores sabios...  
 Seguid, seguid marchando  
 al templo de Minerva  
 a recibir el lauro...  
 Que en estos versos trato  
 de daros un asunto

<sup>19</sup> *Íd.* pág. 354.

que instruya deleitando.  
 Los perros y los lobos,  
 los ratones y gatos,  
 las zorras y las monas,  
 los ciervos y caballos,  
 os han de hablar en versos;  
 pero con juicio tanto,  
 que sus máximas sean  
 los consejos más sanos...

La intención pedagógica del autor es obvia, y, como su maestro La Fontaine, puede también él afirmar: «Je me sers d'animaux pour instruire les hommes».

Las *Fábulas* de Samaniego son, pues, una obra de circunstancias y de aplicación inmediata, sin que buscarse su autor en ella ni originalidad ni logro estético, aunque alcanzase una y otro en reiterados momentos.

Él mismo nos ha dejado consignadas las fuentes en que se inspiró para sus *Fábulas* en el prólogo en prosa que puso al frente de ellas: «Examiné, comparé y elegí para mis modelos –nos dice–, después de Esopo, a Fedro, y La Fontaine»; es sobre todo este último al que más debe. Pero refundió en el crisol de su propia fantasía la materia literaria recibida: «Entregándome con libertad a mi genio, no sólo en el estilo y gusto de la narración, sino aun en el variar rara vez algún tanto, ya del argumento, ya de la aplicación de la moralidad; quitando, añadiendo o mudando alguna cosa, que, sin tocar al cuerpo principal del apólogo, contribuya a darle cierto aire de novedad y gracia».

Sabemos, además, que también se inspiró en el fabulista inglés John Gay; en fin, el último libro de sus *Fábulas* es el de carácter más personal e innovador.

La edición príncipe, que llevaba el título de *Fábulas en verso castellano* y que contenía los cinco primeros libros, vio la luz en Valencia, en 1781, en la «oficina de Benito Monfort». El autor la publicó aprovechando un viaje que hizo a la capital mediterránea,

acompañando a su cuñada la marquesa de San Miguel. Tres años después, es decir, en 1784, publica en Madrid, en la imprenta de Ibarra, una segunda parte, que contiene cuatro libros más y completa así, con nueve libros, la totalidad de la obra.

A partir de entonces las ediciones iban a menudear a todo lo largo del siglo XVIII y del XIX, impresas en Madrid, Barcelona, Sevilla, Valladolid, Gerona, Segovia, Sanlúcar, Zaragoza, La Coruña, Granada, Logroño, Cuenca, Vitoria, Jerez, etc.<sup>20</sup> Alcanzaba así inmensa difusión, y ello no sólo en España, sino también en el extranjero, singularmente en Francia, donde salieron ediciones en Perpiñán (1824), París (1835, 1843, 1844, 1853, etc.). Más aún, en 1881, los editores Garnier hermanos publicaban una espléndida edición de *Fábulas completas de Samaniego e Iriarte*, magníficamente ilustrada por Grandville.

Añadamos, en fin, que ya en la primera mitad del siglo XIX las *Fábulas* de Samaniego se vieron impresas en América, donde se publicó en Nueva York una edición en 1826.

Después de tan amplio éxito, el texto de Samaniego iba a verse dado de lado poco a poco a partir del siglo actual, aunque aún fuese bastante publicado en los primeros años del mismo, por editores como Faustino Paluzie, Perlado y Páez y Ramón Sopena.<sup>21</sup> En Francia el editor Armand Colin publicará una «novísima edición ilustrada, con notas gramaticales, literarias, etc., un vocabulario de los nombres históricos y geográficos y un retrato del autor<sup>21bis</sup>, todo

<sup>20</sup> María Teresa Pérez Gardeta, en su ed. cit., págs. 146-150, recoge una amplia bibliografía de las ediciones de las fábulas de Samaniego. Por su parte, Federico Carlos Sáinz de Robles alude, en su *Tabularlo español*, vol. 1534 de la Col. Austral, pág. 20, a cincuenta y seis ediciones más, después de la de Valencia, de 1781.

<sup>21</sup> Cf. M.<sup>a</sup> Teresa Pérez Gardeta, ed. cit., pág. 150.

<sup>21 bis</sup> A esta tradición pedagógica aluden Juan Valera, describiendo la educación escolar de «Juanita la Larga» (cap. 14): «Recitaba con mucha gracia varios antiguos romances y no pocas fábulas de Samaniego»; Jacinto Benavente, *De sobremesa* (cap. 151): «Las mismas fábulas de Samaniego, la más castiza lectura de nuestros tiempos de colegiales» y Eugenio Noel, *Diario íntimo* (Taurus Ediciones, vol. I, Madrid, 1962, p. 55): «Séptimo libro, las fábulas de Samaniego, leo el verso mejor que la prosa...».

ello al cuidado de Miguel de Toro Gómez, edición que vio la luz en París, en 1902.

El fabulista español había adquirido rango de clásico en la enseñanza escolar y ello no sólo en España, sino también en Francia, donde todavía aparecerá alguna que otra edición anotada para uso pedagógico, como la titulada *Choix de Fables de Samaniego et de Iriarte, avec notices biographiques et littéraires*, preparada por A. Rosiès, y publicada por la Librairie Garnier Frères, en París (sin año –1896–).

Sin embargo, cabe decir que desde hace unos treinta años –una generación– ha caído como un desdeñoso olvido sobre Samaniego y sus *Fábulas*, que apenas se reimprimen ni leen, si no es de modo esporádico y ocasional en alguna antología general. Hasta el punto de llevar a decir a Arnaud y Tusón en su *Guide de Bibliographie Hispanique*:<sup>22</sup> «Certains auteurs intéressants, comme Samaniego, n'ont fait l'objet d'aucune édition moderne ni d'aucune étude importante». Afirmación justificada aunque no completamente cierta, ya que las *Fábulas* de Samaniego han sido incluidas en la Colección Austral (vol. 632) y que en la Biblioteca Clásica Castilla (vol. 19) vio la luz, en 1949, una edición de las *Fábulas completas* de Iriarte y Samaniego, prologada y anotada por María Teresa Pérez Gardeta.

En cambio es de lamentar que Samaniego, que figura ya desde 1869 en la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra (vol. 61), no se haya visto aún incorporado a ninguna moderna colección de tipo universitario de clásicos españoles.

Y lo merece. No sólo por su contenido intrínsecamente poético, sino sobre todo por su extraordinario interés en el ámbito de la literatura comparada, que hace de él uno de los autores de mayor espíritu europeo de España, lo que tiene inmensa importancia si pensamos que uno de los más repetidos reproches que suelen hacerse a la literatura española, incluso en lo que ésta pueda tener de

<sup>22</sup> Cf. E. Arnaud y V. Tusón, *Guide de bibliographie hispanique*, Privat-Didier Éd., Toulouse, 1967, pág. 265.

más genial dimensión, es su excesivo aislamiento intelectual, su localismo, su carencia de universalidad.<sup>23</sup>

Al contrario de tantos escritores españoles, Samaniego tomó prestado de fuera, de Francia, de Inglaterra, y después de vestir «de basquiña» los temas adoptados, los devolvió más allá de las fronteras nacionales, llevando así por Europa y el mundo no sólo su propio nombre, sino también el de España. Y el de España en un contexto cultural «a la europea», no una España marginal y semiafricana, al modo de la del «teatro de honor», ayer, o de la escena lorquiana, hoy, es decir, esa España que pudiera encarnarse en el lema barresiano, «de la volupté, du sang et de la mort», que tanto gustan de exaltar –y con tantas reservas mentales– los «turistas» de la cultura, definitivamente instalados en la España de Mérimée, «de charanga y pandereta».

Tan europeo fue Samaniego que volvió a tomar de la tradición extranjera, de La Fontaine, de Gay, fábulas y apólogos que España conocía ya desde la Edad Media, incorporados directamente de las letras clásicas, de Esopo, Fedro, Horacio. Así, por ejemplo, cuando Samaniego escribe su fábula *El ratón de la corte y el del campo* (I, 8), no sólo no tiene presente el viejo modelo latino, de Horacio (cf. *Sátiras*, parte II, lib. 6, vv. 79-117), sino que parece desconocer por completo la larga trayectoria de dicho tema en la literatura castellana, desde el *Libro de los gatos*<sup>24</sup> y el Arcipreste de Hita,<sup>25</sup>

<sup>23</sup> Sobre este importante problema de la cultura española pueden consultarse los artículos de Guillermo de Torre, «La difícil universalidad de la literatura española» en el volumen *La difícil universalidad española*, Ed. Gredos, Madrid, 1963, págs. 9-30, y de Carlos Clavería, «En torno a la universalidad española», recogido en *Liber Amicorum. Salvador de Madariaga, Recueil d'études et de témoignages édité à l'occasion de son quatre-vingtième anniversaire*, Cahiers de Bruges, Collège d'Europe, Bruges, 1966, págs. 307-312.

<sup>24</sup> Cf. *El libro de los gatos*, ed. crítica de John Esten Keller; Clás. Hispánicos, C.S.I.C., Madrid, 1958; «enxiemplo de los mures», págs. 49-51.

<sup>25</sup> Cf. *Libro de Buen Amor*, estrofas 1370-1385: ensiemplo del mur de Monferrando e del mor de Guadalfajara; cf. la ed. de Joan Corominas, Ed. Gredos, Madrid, 1967, págs. 519-525, Aunque al Arcipreste el tema le venía no de Horacio sino del goliardo inglés Walter Map (Cf. la ed. del *Libro de Buen Amor* en ed. de Giorgio Chiarini y Riccardo Ricciardi, Milán-Nápoles, 1964, pág.

hasta Pedro de Salas<sup>26</sup> y Bartolomé Leonardo de Argensola y su *Epístola a D. Francisco de Erasso*,<sup>27</sup> tan celebrada por Gracián:<sup>28</sup>

¿Sabes el cuento de los dos ratones?  
Sin duda que en Horacio lo has leído,  
mas óyele otra vez, aunque perdones.  
Era campestre el uno, y conocido  
del otro, y aunque noble y cortesano,  
e convidó en su campo al pobre nido...

Adoptando como modelo exclusivo a La Fontaine: *Le rat de ville et le rat des champs* (I, 9):

Autrefois le rat de ville  
invite le rat des champs,  
d'une façon fort civile,  
à des reliefs d'ortolans...<sup>29</sup>

Aunque también aquí su información parece quedar incompleta, desconociendo que André Chenier había traducido por su parte la sátira horaciana:

---

269): *De mure urbano et rustico*. Vid. L. Hervieux, *Les fabulistes latins depuis le siècle d'Auguste jusqu'à la fin du Moyen Age* (Firmin Didot, 2ª ed., París, 1893-1899).

<sup>26</sup> Cf. Pedro de Salas, *El ratón del campo y el cortesano*, recogido en *Fábulas y cuentos en verso*, selec. de María Goyri de Menéndez Pidal, Bibl. Literaria del Estudiante, vol. 1, Eds. del Instituto Escuela, Madrid, 1922, págs. 107-108.

<sup>27</sup> Cf. la ed. de *Rimas* de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, preparada por José Manuel Blecua, C. S. I. C., Zaragoza, 1951, vol. II, págs. 570-573.

<sup>28</sup> En su *Agudeza y arte de ingenio*, discurso LV; cf. Vol. 78 de la Col. Crisol, ed. de Evaristo Correa Calderón, Aguilar, Madrid, 1944, págs. 579-582.

<sup>29</sup> Cf. La Fontaine, *Fables, contes et nouvelles* (texte établi et annoté par René Groos et par Jacques Schiffrin, Bibliothèque de la Pléiade, NRF-Gallimard, París, 1954, págs. 38-39). En adelante todas las citas de textos de La Fontaine irán hechas sobre esta edición.



Un jour le rat des champs, ami du rat de ville,  
invita son ami dans son rustique asile...<sup>30</sup>

Bastará con releer al mismo tiempo los textos de Samaniego y La Fontaine para advertir cuánto tomó el español del francés: «convidió con un modo muy urbano» (cf. «invita... d'une façon fort civile»), «reniego... de quien busca gustos / entre los sobresaltos y los sustos» (cf. «fi du plaisir / que la crainte peut corrompe»); pero esa misma lectura nos mostrará también cómo Samaniego reviste al gusto español las galas literarias de La Fontaine; mientras éste se limita a sugerir el menú del festín de ambos ratones:

Je laisse à penser la vie  
que firent ces deux amis.  
Le régal fut fort honnête:  
rien ne manquait au festin.

El poeta español se recrea con un realismo muy nacional, en la descripción de la comilona:

Las paredes y techos adornaban,  
entre mil ratonescas golosinas,  
salchichones, pernils y cecinas.  
Saltaban de placer, ¡oh, qué embeleso!,  
de pernil en pernil, de queso en queso...

Con sensualidad más refinada nos dice, en cambio, La Fontaine cuál era el decorado del festín:

Sur un tapis de Turquie  
le couvert se trouva mis...

<sup>30</sup> Cf. André Chénier, *Oeuvres Complètes*, ed. Gérard Walter, Bibl. de la Pléiade, NRF-Gallimard, París, 1958, págs. 597-598.

decorado que en Samaniego se convierte, con mayor lógica pero con escasa imaginación, en simple cilla de despensero:

«Y una despensa llena de vianda  
era su alojamiento...

Numerosos son los ejemplos de este olvido de la vieja tradición fabulística española que pueden advertirse en Samaniego. Es evidente que cuando adapta al castellano *La cigale et la fourmi* (I, 1) de La Fontaine, para escribir *La cigarra y la hormiga* (I, 2), no se le ocurre pensar ni por lo más remoto que ya un Antonio Mira de Amescua trató el tema en su comedia *Lo que le toca al valor* (jornada 3.<sup>a</sup>):

La hormiga de su hormiguero  
sacaba con alegría  
lo que en el verano había  
recogido en su granero.  
Llegó una cigarra y dijo:  
–De aqueso me puedes dar,  
pues no lo puedo ganar,  
que es el invierno prolijo.  
Mas la hormiga con gobierno  
le respondió en canto llano:  
–Pues cantaste en el verano,  
danza, hermana, en el invierno.<sup>31</sup>

Y su moraleja:

¡Hola! ¿Con que cantabas  
cuando yo andaba al remo?  
Pues ahora, que yo como,  
baila, pese a tu cuerpo.

<sup>31</sup> Cf. la antología preparada por María Goyri de Menéndez Pidal de *Fábulas y cuentos en verso*, ed. cit., pág. 138.